Pilar del Campo Puerta

SISMO
Y EL PROFESOR FERMU

Ilustrado por Sonia Azor Reche

Liber Factory

Muestra

Pilar del Campo Puerta

SISMO
Y EL PROFESOR FERMU

Ilustrado por Sonia Azor Reche

Liber Factory

1

Un regalo inesperado

Cada vez que mira a su perro, al profesor Fermu le afloran tres sentimientos: cariño, admiración y misterio, en proporciones iguales.

Cuando el pequeño cachorro llegó a su vida, de pura casualidad, le entró un temblor por el cuerpo que nunca antes había experimentado y eso que el profesor Fermu estaba acostumbrado a los temblores porque, hasta que se jubiló, trabajó muchos años estudiando la sismografía.

Luego, decidió, que los únicos temblores de los que se ocuparía serían los de sus manos; no porque el profesor Fermu tenga ninguna enfermedad relacionada con temblores, sino

porque necesita dominar el pulso para dedicarse a las maquetas.

Hacer maquetas es su gran pasión desde muy pequeño. Las tiene de todos los tamaños; de todas las dificultades y de muchas temáticas: coches, motos, aviones, barcos, casas, castillos. Pero hay una que compró hace más de veinte años y que todavía no ha abierto la caja, porque esperaba el momento de poder dedicarla todo el tiempo del mundo. La maqueta en cuestión es del Universo.

Como vive solo, el profesor Fermu llevaba tiempo organizando la casa y haciendo sitio para su maqueta, esa con la que quería disfrutar de la jubilación y dedicarse en cuerpo y alma; del mismo modo que se dedicó a la sismografía y los temblores.

Pero cuando el profesor Fermu volvía de la fabulosa despedida que le habían preparado sus compañeros de trabajo y ya se sentía un jubilado feliz, al doblar la esquina de la calle en dirección a su casa le ocurrió algo inesperado.

—Tome. ¡Cuídelo!

—¿Pero…? —Quiso preguntar el profesor Fermu cuando, por encanto, desapareció quién le entregó el paquete y el recién jubilado se quedó con la boca abierta.

Un muchacho de unos diez o doce años llevaba más de una hora, agazapado entre los coches aparcados de la calle, esperando a que alguien que le inspirara confianza, y ese fue Fermu.

Cuando apareció con su cara de recién jubilado feliz, el chico salió de su escondite, disparado como un cohete, y le dejó el paquete en las manos.

—Cuídelo, por favor —volvió a insistir, mientras miraba a los ojos de Fermu para asegurarse de que la elección había sido correcta—.

El profesor estaba tan desconcertado que sus miradas iban del paquete al chico, y al revés, sin saber qué hacer. Además, cuando quiso hablar para preguntar, ya estaba de nuevo solo. Igual que apareció el chico de la nada, bueno de entre los coches aparcados, se esfumó y ahí se quedó el recién feliz jubilado, con algo en las manos que se

movía como un terremoto de cuatro grados en la escala Richter.

Sin saber qué hacer y sin atreverse a mirar lo que había dentro, con las manos extendidas y el terremoto moviéndose cada vez más, llegó al portal de su casa. Menos mal que estaba abierto y casualmente no había nadie. Tampoco se encontró con ningún vecino mientras esperaba el ascensor, algo que el profesor Fermu agradeció porque, aunque era una persona agradable, educada, elegante en el vestir, todavía bastante bien erguido para su edad, con ligeras canas que trataba de disimular a base de lociones, no era gordo aunque tenía la cara redonda y poca barba en relación con las cejas —que ahí sí tenía bastante pelo—, usaba ropa moderna, siempre iba impecable y nunca usó sombrero.

En aquella ocasión, el profesor Fermu, hubiera preferido usar sombrero para meter el paquete que llevaba en las manos.

El terremoto empezaba a ser de cinco grados en la escala Richter.

Al fin llegó a la vivienda. Como pudo quitó el envoltorio mientras el terremoto subía de escala y apareció ante sus ojos un cachorro perruno, entre negro y marrón oscuro y algunas manchas de color café con mucha leche.

Cuando el animalito, que además llevaba un bozal para que no ladrara y evitar ser rechazado antes de que lo vieran, se sintió libre, el terremoto alcanzó dimensiones épicas; o lo que es lo mismo, más de diez grados en la escala de Richter.

Lo primero que hizo fue caer sobre la recién terminada y preciosa maqueta de una moto. Después, tirar con la cola una torre de un castillo medieval. Luego, la bandera de un galeote español; así como hacer tambalear otras maquetas más. También aterrizó sobre la gran caja de la maqueta del Universo que estaba por hacer y que el profesor había dejado en un rincón de la habitación. Por último, el animalito se meó en la moqueta del dormitorio del profesor.

La meada fue lo que le cautivó, porque mientras el perrillo se aliviaba le miró con unos

ojitos de indefensión que la moto, el castillo, el galeote, el Universo y todo lo demás pasaron a segundo plano.

Pero el profesor Fermu era fiel a sus ideas y no quería animalillos a su alrededor, prefería las maquetas, aunque por esa noche dejó que se quedara y ya buscaría una solución al día siguiente.

Sonia
21